

Hasta los cuatro años, James Henry Trotter había llevado una vida feliz. Vivía plácidamente con su madre y su padre en una hermosa casa a orillas del mar. Siempre encontraba montones de niños con los cuales jugar, había una playa por la que podía correr y mar en el que podía remar. Era la vida perfecta para un niño.

Un día, la madre y el padre de James fueron de compras a Londres, y allí sucedió una cosa terrible. Ambos fueron devorados en un santiamén (en pleno día, fíjate, y en una calle llena de gente) por un enorme rinoceronte furioso que había escapado del zoológico de Londres.

Esto, como podrás comprender, fue una experiencia de lo más desagradable para unos padres tan cariñosos. Pero a la larga aún fue más desagradable para James que para ellos, pues sus problemas se acabaron en un instante. Ellos murieron y se fueron en escasos treinta y cinco segundos. Y el pobre James, por su parte, seguía vivo y de pronto se encontró solo y asustado en un mundo inmenso y hostil.

La hermosa casa a orillas del mar tuvo que ser vendida inmediatamente, y el niño, sin más posesiones que una pequeña maleta en la que llevaba un par de pijamas y un cepillo de dientes, fue enviado a vivir con sus dos tías.

Sus nombres eran tía Sponge y tía Spiker, y, muy a mi pesar, tengo que confesar que eran dos personas realmente horribles. Eran egoístas, perezosas y crueles y, ya desde el principio, empezaron a pegarle a James por cualquier motivo. Nunca lo llamaban por su verdadero nombre, sino que se referían a él como “pequeña bestia repugnante”, “sucio fastidio” o “criatura miserable” y, lógicamente, nunca le daban juguetes para jugar, ni libros ilustrados para mirar. Su habitación estaba tan desnuda como la celda de una prisión.

Vivían —la tía Sponge, la tía Spiker y ahora también James— en una extraña casa destartalada, situada en la cima de una colina, al sur de Inglaterra. La colina era tan alta que casi desde cualquier lugar del jardín James podía ver kilómetros y kilómetros de un maravilloso paisaje de bosques y campos; y en los días claros, si miraba en la dirección apropiada, podía ver allá lejos, en el horizonte, un pequeño punto verde, que era la casa en la que había vivido con sus queridos papás. Y, justo un poco más allá, podía ver el océano: una estrecha franja de color azul oscuro, como una línea dibujada a tinta, que bordeaba el cielo.

Pero a James nunca lo dejaban salir de la cima de aquella colina. Ni la tía Sponge ni la tía Spiker se preocupaban



de llevarlo nunca a dar un paseo, ni de excursión y, naturalmente, no podía ir solo. “Esta pequeña bestia repugnante no hará más que meterse en líos si sale del jardín”, había dicho la tía Spiker. Y le habían prometido unos castigos terribles, tales como ser encerrado durante una semana en el sótano, con las ratas, si se atrevía tan siquiera a subirse a la cerca.

El jardín, que ocupaba toda la cima de la colina, era grande y desolado, y el único árbol de aquel lugar (aparte de un grupo de descuidados laureles en uno de los extremos) era un viejo melocotonero que nunca daba melocotones. No había columpio, ni sube y baja, ni arenero, ni nunca era invitado un niño para que subiera a la cima de la colina a jugar con el pobre James. No había ni tan siquiera un perro o un gato que le hiciera compañía. Y según

pasaba el tiempo se iba sintiendo más y más triste, y más y más solo, y se pasaba horas junto a la cerca del fondo del jardín, contemplando melancólico el hermoso y prohibido mundo de bosques, campos y mar que se extendía a sus pies como una alfombra mágica.

Llevaba James Henry Trotter tres años viviendo con sus tías, cuando una mañana le sucedió una cosa bastante rara. Y esta cosa, que como dije era solamente bastante rara, pronto hizo que sucediera una segunda cosa que era muy rara. Y entonces la cosa muy rara, a su vez, hizo que ocurriera una cosa que de verdad era fantásticamente rara.

Todo sucedió en un caluroso día de mediados de verano. La tía Sponge, la tía Spiker y James estaban en el jardín. Como siempre, a James lo mandaron a trabajar. Esta vez estaba partiendo leña para la estufa. La tía Sponge y la tía Spiker estaban cómodamente sentadas en sus mecedoras, bebiendo limonada y vigilándolo para que no dejara de trabajar ni por un momento.

La tía Sponge era baja y enormemente gorda. Tenía unos ojos pequeños como de cerdo, la boca hundida y una de esas caras flácidas y lechosas que dan la impresión de haber sido cocidas. Parecía una enorme col blanca recocida. La tía Spiker, por otra parte, era fuerte, alta y huesuda

y usaba unos anteojos con montura de metal que llevaba sobre la nariz sujetos con una pinza. Tenía la voz chillona, y sus grandes y finos labios estaban continuamente húmedos. Cada vez que se enojaba o se exaltaba, al hablar salía de su boca una fina llovizna de saliva. Y allí estaban sentadas aquellas dos horribles brujas bebiendo sus refrescos y, de vez en cuando, diciéndole a gritos a James que trabajara más rápido. También hablaban entre ellas, diciendo lo hermosas que se veían a sí mismas. La tía Sponge tenía sobre las rodillas un espejo de mango largo que miraba de vez en cuando para contemplar su horrible rostro.

Y dijo:

*“Tengo el olor y aspecto de una rosa.  
¡Qué bella es mi nariz, soy tan hermosa!  
Contempla mis cabellos tan sedosos  
y mis pequeños pies tan primorosos...”*  
Tía Spiker comentó: *“¡Bah, mira, amiga,  
lo muy gorda que tienes la barriga!”*

*Sponge se puso roja; enfureció.  
Y entonces tía Spiker añadió:  
“Tú no puedes negar que gano yo.  
Contempla mi figura sinuosa,  
mis dientes, mi sonrisa tan graciosa.  
Ser de tal perfección me hace feliz*



*(si olvidamos mi grano en la nariz).  
¡Oh, qué exquisita soy, es que me adoro!''.*

*Tía Sponge le gritó: "¡Tú eres un loro!  
Toda huesos y piel; una lombriz  
comparada contigo, so infeliz,  
sería un prototipo de belleza,  
sólo le ganarías en simpleza.  
Yo sí que soy preciosa, ¡soy de cine!  
Seré una gran actriz, seré una estrella;  
en Hollywood me llamarán La Bella,*

*haré que todo el público alucine,  
filmaré unas películas preciosas,  
protagonizaré historias grandiosas.*

*Tía Spiker afirmó con gran desdén:  
“Opino que tú harías más que bien  
el papel que te va: el de Frankenstein”.*

El pobre James seguía partiendo leña como un esclavo. El calor era terrible y chorreaba sudor. Le dolían los brazos. El hacha era un objeto enorme, demasiado pesado para ser usado por un niño. Mientras trabajaba, James empezó a pensar en todos los niños del mundo y en lo que estarían haciendo en aquel momento. Algunos andarían en bicicleta por el jardín. Otros estarían paseando por arboledas frescas, recolectando flores silvestres. Y todos sus amigos de otros tiempos estarían en la playa, jugando con la arena y chapoteando en la orilla del mar...

Enormes lagrimones empezaron a brotar de los ojos de James y rodaron por sus mejillas. Dejó de trabajar y se apoyó en un leño, abrumado por la infelicidad que le rodeaba.

—¿Qué es lo que te pasa? —gritó tía Spiker, mirándolo por encima de la montura metálica de sus anteojos.

James se echó a llorar.

—¡Deja de llorar inmediatamente y sigue trabajando, pequeña bestia repugnante! —ordenó tía Sponge.

—¡Oh, tía Sponge! —suplicó James—. ¡Y tía Spiker! ¿No podríamos ir en autobús a la playa? Por favor, aunque sea una sola vez. No está muy lejos y yo tengo tanto calor y me siento tan terriblemente solo...

—¿Cómo dices, ignorante y perezoso inútil? —berreó tía Spiker.

—¡Dale una tunda! —gritó tía Sponge.

—¡Desde luego que lo haré! —profirió tía Spiker. Miró a James y éste le devolvió la mirada con sus grandes ojos temerosos—. Te pegaré más tarde, cuando no haga tanto calor. Y ahora lárgate de mi vista, gusano asqueroso, y déjame descansar en paz.

James dio media vuelta y echó a correr. Corrió todo lo rápidamente que pudo hasta el extremo opuesto del jardín, donde se escondió entre los raquíticos y descuidados laureles de los que te hablé. Se tapó la cara con las manos y se puso a llorar desconsoladamente.

Fue en este momento cuando ocurrió la primera cosa de todas, la cosa bastante rara que luego dio lugar a las otras cosas mucho más raras que le sucedieron.

Porque de pronto, justo a sus espaldas, James oyó un movimiento de hojas y al voltear vio a un anciano vestido con un extraño traje de color verde oscuro, que salía de entre los arbustos. Era un hombre de pequeña estatura, pero tenía una enorme cabeza calva y la cara casi oculta tras unas pobladas patillas negras. Se paró a unos metros y, apoyado en su bastón, se quedó mirando seriamente a James.

Cuando habló, su voz era lenta y chirriante:

—Acércate a mí, pequeño —dijo, señalando a James con el dedo—. Ven aquí y te enseñaré algo maravilloso.

James estaba demasiado asustado como para moverse.

El anciano avanzó, cojeando, un par de pasos, y entonces metió una mano en el bolsillo de la chamarra y sacó una bolsita de papel blanco.



—¿Ves esto? —susurró, balanceando suavemente la bolsita ante los ojos de James—. ¿Sabes lo que es esto, hijo? ¿Sabes lo que hay dentro de esta bolsita?

Entonces se acercó otro poco, se inclinó hacia delante y aproximó tanto su cara a la de James que éste pudo sentir su respiración en las mejillas. La respiración del anciano olía a moho viejo y a encerrado, igual que el aire de una bodega subterránea.

—Echa una mirada, hijo —dijo, abriendo la bolsa y enseñándosela a James.